

A Fermín Cuevas

Abril 38

Querido

Algo te conté en mi última carta de una visita que tuvimos en casa, que, sin incomodarnos en lo más mínimo -no hubo que abrirle la puerta, ni pasarla al salón, ni convidarla a tomar té-, tuvo la curiosa idea de llevarse un recuerdo, y ... así lo hizo. Aunque no te parezca muy cortés, ante las exigencias de la buena Margatita, el ama de llaves, que, con su exageración de siempre, a aluaba bastante cara la broma, llamé a la Sección de Investigaciones. Al poco rato teníamos entre nosotros no a uno, sino a varios agentes, resueltos -sus palabras, el tono de su voz, la desenoltura de sus movimientos, sus gestos más insinuantes lo revelaban al instante- a descifrar rápidamente el enigma y hacer reaparecer las cosas.

¿Conoces tú a un detective? A través de Sherlock Holmes y sus congéneres de las novelas policiales que -es la moda- léas a menudo para poner en tensión tus nervios, siempre sedientos de emociones. ¡Verdad! Simpatiquéisimas personas todos ellos! ¡Qué sensación de seguridad se experimenta a su lado! Con cuánta confianza esperaba yo, al verlos, poder estar nuevamente mi flamante terno azul, recién salido de la sastrería, que tampoco había escapado al ojo listo y la mano larga de nuestro visitante! Y tú te imaginas a qué límites llegó esa confianza cuando empezaron a recorrer la cara -el andar reposado y lleno de dignidad, observaréndole todo atentamente, con una mirada profunda, escudriñadora, que parecía ir más allá, mucho más allá que la del común de los mortales!!! Y cuando uno de ellos -supe después que era el jefe- cruzando lentamente los brazos sobre el pecho, le antó la cabeza, en esa actitud típica del hombre que se sume en lo más profundo de sí mismo y piensa, medita...! Hubo un momento en que no pude contener una sonora carcajada: era la vez espontánea con que se exteriorizada mi alegría al haberme ya ninguna duda acerca del reaparecimiento de las cosas; después, ... quedé como pasmado, empapado de la más sincera admiración. Fué cuando, satisfecho de las conclusiones obtenidas, lo que le hube conestado algunas preguntas, me hizo ver el jefe, en términos con incentes, que "el ladrón debía ser un hombre astuto", que "como no había entrado por la puerta y en la ventana no se veían señas, por alguna parte tenía que haber entrado", y que "ellos no descansarían hasta que las cosas reaparecieran".

Después... Han trascurrido ya más de veinte días. En un principio alcancé varias veces a la Sección: me recibían muy atentos y reiteraban sus seguridades en el éxito de su labor. "Estamos sobre la pista", me decían; "las investigaciones prosiguen". La última vez que fui, hace una semana, manifestaron saber el lugar preciso en que se encontraban mis visitantes, y ~~axixaxxxxax~~ ofrecieron a isarme a casa las novedades que se produjeran. "No tenía yo para que molestarme"..., Hoy, en fin, cuando yo jah, ingrato, hombre de poca fé! empezaba a dudar, llegó uno hasta mi casa: -¿trayéndome las cosas? -¡Las ocurrencias tuyas! A decirme que "si descubriéramos algo que creyéramos útil para el esclarecimiento del asunto, le hiciéramos el favor de comunicárselo por teléfono".

¡Y así, mi buen amigo, hay quienes hacen cargos a la Sección de Investigaciones! ¿Cómo no se indignan, con la más sana indignación, estos buenos servidores de la Patria, nobles guardianes de la seguridad de los habitantes, del orden público y de la misma Democracia, en algunos casos, ante los ataques injustos de que son víctimas? ¡Cuante me irrita la incomprensión del mundo!

Bien, querido; que no tengas que ocupar nunca los servicios de estos seres utilísimos para la sociedad, es mi sincera deseo.

Gran resaca de la lectura de la descripción que me haces acerca de la manera como ocupas tu tiempo en ese hermoso rincón. No sé qué me ha entusiasmado más: si las tardes apacibles y serenas, con todo su profundo misterio; su Sol que se hunde tras las nullidas faldas de los cerros del Poniente, sus rojas llamaradas vivificantes que se reflejan desde el cielo en el espejo cristalino de las aguas del arroyo, su música de brisas y de trinos: -es el culto a la Naturaleza-; o si el brillante azabache de esa cabellera negra y sedosa, esos ojos grandes y profundos de lánguido mirar, esa dulce voz que te emociona, esos brazos terneados, ese cupecito hbil y apretado, de curvas suaves y armoniosas de la Virgen morena y enigmática que ahora te hace suspirar: -es el culto a la Mujer-. ¡Cuidado!

Tuyo

Y. O.

Abril de 1938.

"Adilante"

www.archivopatricioaywin.com